



Excelentísimo Sr. Vicerector, Apreciados Director y subdirectora del Instituto de Ciencias para la Familia, ilustres profesores, queridísimos alumnos del Master de Matrimonio y Familia queridas familias, amigos todos.

Hace un tiempo el profesor Escrivá nos contaba el reto, que en uno de sus viajes a México, supuso hablar después de Eduardo Verástegui. He de confesar que yo he sentido el mismo vértigo al tener que hablar después del profesor Piñero, a quién admiro tanto. Pero en seguida me he dado cuenta que nuestros territorios no entran en competencia, mis palabras se van a enmarcan, en esta ocasión, más en las emociones y en los sentimientos que en los conocimientos y mi mensaje baja del mundo de la belleza y de las ideas al territorio de los afectos compartidos.

Me siento muy feliz, a la par que agradecida, por el honor que me hacéis al nombrarme vuestra madrina. A diferencia del término padrino que puede tener una connotación mafiosa, la palabra madrina nos traslada al mundo de la magia, pero os he de confesar que yo de hada tengo poco, pero si soy experta veterana en el mundo de los hijos y ahijados. Ser vuestra madrina es todo un privilegio para mí. Como bien sabéis, después de hacer el Master, la percepción de la identidad propia, se va forjando, se va alimentando, con la mirada de los otros y por ello es tan importante mirar bonito y tratar bien a los demás, aunque se esté en desacuerdo, y os he de confesar que este nombramiento ha sido todo un chaparrón de miradas lindas que han esponjado mi corazón.

Pero no voy a seguir por esta línea argumental y en estos minutos que tengo por delante me gustaría compartir con todos vosotros algunas ideas.

Mi primera reflexión comienza con una mirada al pasado. Quiero remontarme cincuenta años en el tiempo, cuando el 8 de octubre de 1967 aquí mismo, a unos pocos metros, San Josemaría Escrivá, fundador de nuestra Universidad, celebró la Santa Misa y leyó la hoy conocida como homilía del campus. Y su título lo dice todo “Amar al mundo apasionadamente”. Esta frase encierra no sólo el mensaje que se escuchó esa mañana y que este año ha resonado especialmente, sino que recoge muchos de los elementos esenciales sobre los que se ha construido y se sigue



construyendo día a día esta Universidad. Y yo estuve ahí. Lo descubrí hace dos años cuando ordenando las cosas de mi madre, qué partió a la casa del Padre, encontré una cinta de casete en la que ponía “homilía del campus”. En la primera parte de la cinta se escuchaba la voz de mi madre, que sin darse cuenta que estaba siendo grabada, le hacía cucamonas a mi hermano mayor, un bebe de seis meses. Siete meses después nací yo. Estos sonidos, llenos de amor, de mi madre a mi hermano me hicieron volver a darme cuenta que todo está conectado, que todo comienza ahí, en la mirada amorosa de una madre, o de un padre a su bebe. Que para amar al mundo apasionadamente hay que sentirse amado y digno de amor, hay que aprender a amar, amando y siendo amado. Y no se aprende a amar con teorías, sino con los ejemplos. Y por eso, el Master de Matrimonio y Familia y especialmente vosotros, los alumnos, que estudiáis durante dos años por todos los costados posibles el matrimonio y la familia, sois una parte esencial del alma de esta Universidad.

No vale sólo decir que la familia es importante, no es suficiente estudiar sólo como debería ser esa familia ideal, que por otro lado no existe, gracias a Dios, sino que hay estudiar a fondo para comprender a las familia reales, a las de carne y hueso, a las que deben afrontar los afanes de cada día con sus dificultades, con sus retos, con sus problemáticas, para poder, desde enfoques profesionales, mostrar al mundo no sólo la belleza que se encierra en la institución familiar sino también la fuerza y a la vez vulnerabilidad, aunque pueda sonar contradictorio, de las relaciones interpersonales que se articulan en torno a ella y consecuentemente la necesidad de protegerlas y ayudarlas para que sean, para que seamos, las mejores familias posible. Y el MMF fue una apuesta valiente en esa dirección y con ese enfoque.

Pocos estudios tienen la complejidad, amplitud e implicaciones que tiene el Master que hoy vosotros concluís. El aprendizaje es el arte de atar las ideas sueltas. Y estoy convencida que estos dos o tres años de estudio intenso, de reflexión de maduración, de confrontación también, se han ido entretrejiendo en vuestras cabezas una red de conexiones no sólo entre las muchas ideas que sobre el matrimonio y la familia habéis ido aprendiendo en las distintas materias sino también de estas ideas con vuestras vivencias personales y con las realidades que



observáis a vuestro alrededor. Pocos estudios increpan y trasforman tanto a los estudiantes como los del MMF. El Master es una orquesta con más cuarenta instrumentos tocando en armonía la melodía del Matrimonio y la Familia. Y ahora cada uno de vosotros tiene en sus manos, en su corazón y en su cabeza esta partitura.

En mi segunda reflexión vuelvo a jugar con los tiempos. Un proverbio chino dice “el ayer es historia, el mañana misterio, y el hoy es un regalo y por eso se llama presente.” Nos ha tocado vivir un momento apasionante de la historia y uno de los retos de esta época es conseguir reducir el ritmo trepidante que se ha metido en nuestras vidas, ese caballo desbocado que nos arrastra y que no nos deja disfrutar los momentos de felicidad que cada día nos brinda la providencia. Y en ese regalo que es el presente el tiempo para lo más importante, para Dios y la familia, para lo que realmente nos llena el corazón, se ha vuelto escaso. Y una de las razones es que ha perdido intensidad lumínica la lámpara que alumbra la importancia que ambas realidades tienen en la vida de las personas. Y por eso es cada vez más necesaria la apuesta que la Universidad de Navarra hizo hace ya 18 años de impulsar el MMF diseñado por el profesor Escrivá. Unos estudios que os han dotado de instrumentos no sólo para comprender la complejidad y profundidad del matrimonio y de la familia, sino también para comprender esta verdad con la cálida luz que aporta la caridad y bajo el foco esencial de la libertad personal. Porque como afirma Küppers, lo importante en la vida es que lo importante sea lo importante. Y esta frase es mucho más que un juego de palabras. Hace dos días en la cena que tuvimos el placer de compartir con los alumnos de primero Marialupe, una joven y apasionada mexicana, pueblana para más señas, tomó la palabra y comenzó afirmando, no son sus palabras textuales, “hay dos cosas que nos une a todos en el Master, el amor a Dios y la convicción de que el matrimonio y la familia son la esperanza para el mundo”. Me encantaron sus palabras y estoy convencida que otra de las fortalezas del MMF es que estáis totalmente preparados para poder comunicar a los variados públicos que os vais a encontrar enfrente, compartan o no ese amor a Dios, esta verdad que el creador ha grabado en el corazón de cada hombre y de cada mujer. Y este reto es especialmente importante que llegue a las nuevas generaciones.



En mi tercera y última reflexión quiero volver de nuevo a lo importante parándome un instante a saborear, con vosotros, el nombre del Master. Que por delante de la familia aparezca el matrimonio es, como bien sabéis, una clave identitaria del Master. La alianza que se establece entre el hombre y la mujer en el matrimonio es la fortaleza y a la vez el corazón de la familia y si no funciona bien, si no se consiguen gestionar las dificultades que van apareciendo en el camino de la vida, si no conseguimos la familia, las personas, sufren. Esa dialéctica entre hombres y mujeres que está cada vez más presente en nuestro día a día se supera en clave familia. Y es precisamente en esa necesidad que las familias de hoy tienen de consuelo, de cariño, de ayuda, de escucha, de comprensión, y de tantas otras cosas donde se anclan vuestras motivaciones para estudiar el Master, saber más para servir mejor. Y este afán vuestro, de todos nuestros alumnos, explica vuestra unión, el sentimiento de pertenencia y de corresponsabilidad frente a este reto, esa pasión compartida que rompe las fronteras de las distancias y que nos hace, os lo aseguro, sentirnos tan orgullosos de vosotros. A partir de mañana se os abre una nueva y apasionante aventura en la que siempre nos tendréis a vuestro lado.

Quiero finalizar mi intervención con la única manera que tengo de compensaros por vuestra gentileza al nombrarme madrina, encomendado a nuestra Virgen del Amor Hermoso, advocación que llena de esperanza el futuro del Matrimonio y la Familia y con él el del mundo, que os acompañe en vuestras andanzas y os proteja a vosotros y a vuestras familias.

Muchas gracias.